

## CAPITULO XXXVII.

## Llegada á san Juan de Ulúa.



IN detenerse, exploraron ligeramente la isla de Sacrificios, y como todos aquellos parajes los habia recorrido Grijalva, los pocos soldados de su expedicion que iban á las órdenes de Hernan Cortés referian todos los sucesos que en aquellos sitios habian acaecido.

Fiándose de sus descripciones y razonamientos, prosiguió su camino la escuadra hasta llegar á Santiago de Ulúa, el Juéves Santo al mediodía.

Era mal sitio, y buscaron los pilotos puerto para guarecerse de los vientos, á cuyo fin se establecieron al abrigo de una montaña.

No habian trascurrido dos horas desde su llegada, cuando vieron dirigirse hácia ellos por la costa dos embarcaciones más grandes que las canoas, á las que, como supieron despues los españoles, se llamaban en el país piraguas.

En eilas iban algunos indios.

Se acercaron resueltamente al paraje en donde estaba la escuadra, dando á entender con sus demostraciones que su actitud era pacífica.

Al hallarse junto á la carabela capitana, prurumpieron en gran griterío, y no entendiéndolos Hernan Cortés, mandó á Aguilar que fuese á hablar con ellos.

Hízolo así, y no tardó en convencerse de que ignoraba el idioma que hablaban.

Volvió desconsolado el bueno de Aguilar á decir á su jefe la

imposibilidad en que estaba de entenderse con los recién llegados.

—¿No hablan el mismo idioma que los habitantes de Tabasco? le preguntaron algunos.

—No por cierto; es completamente desconocido para mí.

—¿Y qué hacer en este trance? ¿Lo sabrá alguno de los indios que vienen con nosotros?

Aguilar llevó á uno de ellos á conferenciar con los de las piraguas, y no tardó en volver á la presencia de Hernan Cortés, manifestándole lo inútil de sus tentativas.

—¿Y qué hacer? ¿Qué hacer? exclamó desesperado el caudillo.

—Tranquilizaos, dijo una voz femenil al lado suyo.

Esos indios hablan el lenguaje mexicano.

Yo los he oido, los he comprendido, y puedo aseguraros que solicitan una audiencia de vos en nombre del cacique de Guazacoalco.

Hernan Cortés miró con asombro á la persona que le hablabá de aquella manera.

Su presencia allí le sorprendió en extremo.

Mis lectores comprenden que era Marina.

—¿Tú aquí? exclamó.

—Yo, sí; perdonadme; no he podido abandonaros.

El cacique de Tabasco me ha enviado aquí de nuevo entre las esclavas con que os ha obsequiado.

Dejadme que dé gracias á la Providencia, porque me permita que os sea útil en estos instantes.

—¡Ah! Marina, ¡tienes razon! Sin tí no hubiera podido proseguir adelante sin luchar siempre.

Vé á hablar á esos hombres, díles que vengan, y tú serás mi intérprete.

En aquel momento encontró Hernan Cortés la justificación de su amor.

—Ella puede servirme de intérprete en este vasto territorio; tiene que ser partícipe conmigo de los secretos de Estado, natural es que no se aparte de mi lado nunca.

¡Oh! De ese modo no creerán mis soldados que es en mi debilidad lo que es razón de Estado.

Marina fué á cumplir las órdenes de Hernan Cortés, y no tardó en volver con los indios de las piraguas.

—Dicen estos indios que les envían Teutila y Pilpatoe; este último gobernador de Guazacoalco, y el primero jefe de las tropas de la provincia.

Los dos desean saber los propósitos de los extranjeros al llegar á las costas de aquel país, y al mismo tiempo ofrecerles cuanto pudieran necesitar.

Gran alegría causó á Hernan Cortés esta manifestacion por parte de los jefes de Guazacoalco, porque, comprendiendo que necesitaba todas sus fuerzas para luchar en México con el emperador, deseaba no hallar obstáculos en su camino, y realizaba su deseo.

Obsequió grandemente á los emisarios de Teutila, les hizo gustar el sabroso vino castellano, les regaló con manjares que hasta entónces no habian probado nunca, y los colmó de chucherías, de bagatelas de las que tanto habian agradado á los demas indios.

—Explícales, dijo á Marina, que el objeto de nuestra venida no es otro que el de ofrecer los beneficios que disfrutamos en nuestra patria á los indios de esta provincia.

Añade que deseo ver á sus jefes, y que me prometo encontrar en ellos una cariñosa acogida.

Hízolo así Marina, y los emisarios volvieron á las piraguas, retirándose, al parecer, muy contentos.

—¿Cómo sabes tú su idioma? preguntó Hernan Cortés á Marina.

—He pasado mucho tiempo en Xicalango, que está muy cer-

ca de Guazacoalco, y allí se habla el idioma del imperio de México, razón por la cual lo aprendí.

Hoy es mi mayor alegría saberlo para poder servirlos.

Cortés convocó á sus capitanes para manifestarles lo que acababa de suceder, y dando gran importancia á la presencia de Marina, trató de justificar á los ojos de los suyos la protección que estaba dispuesta á dispensarla.

Pedro de Alvarado, que estaba más tranquilo, en la creencia de que se habia quedado en Tabasco Marina, sintió de nuevo el punzante aguijón de los celos.

Pero como habia sabido la resolución de Hernan Cortés antes de salir de Tabasco, como estaba seguro de que se habia despedido voluntariamente de Marina, como le veia aún preocupado con la empresa que dirigia:

—El no la ama, pensó. Observaré, y ¡ay de ella si desprecia mi amor!

Los españoles pasaron á bordo la noche, y á la mañana siguiente dispuso Hernan Cortés el desembarco de las tropas.

Buscó en la playa las mejores posiciones, las más estratégicas, para cortar cualquier sorpresa, y como hacia un sol abrasador, ordenó á los soldados que fabricasen con ramas de árbol tiendas de campaña.

Los indios, que observaron aquella operacion, hábiles fabricantes de tiendas de campaña, se aprestaron á ayudar á los españoles, y en un instante formaron un verdadero campamento con estacas y telas de algodón.

Teutila envió nuevos refuerzos de indios para que ayudasen á los demas á construir aquellas casas improvisadas en que iban á alojarse sus huéspedes.

No contentos con prestarles aquellos servicios, formaron una especie de lechos con algodón en rama, y llevaron provisiones de las del país á los extranjeros.

En la tienda más grande y más lujosa, construida de expro-

peso por ellos para Hernan Cortés, dispuso éste que se colocase un altar.

Se acercaba la Pascua, y queria celebrar esta fiesta con gran solemnidad.

El dia señalado por Hernan Cortés para la recepcion de Teutila, y Pilpatoe, fué el Domingo de Pascua de Resurreccion.

Antes de que llegara el momento de esta entrevista, pudo conferenciar Marina con algunos indios del país, y supo por ellos que Teutila tenia á sus órdenes un numeroso ejército, y que con él se hallaba sometiendo al dominio de Moctezuma algunas provincias próximas, recién conquistadas, gobernadas por Pilpatoe.

¿Por qué razon, contando con tantos elementos para resistir aquellos generales, aquellos representantes del gran emperador de México, recibian con tan señaladas muestras de afecto y de consideracion á los extranjeros.

Hernan Cortés no tardó en saberlo.

El triunfo que habia obtenido sobre los habitantes de Tabasco, la derrota de un numeroso ejército, conseguida por un puñado de hombres, les habian impresionado vivamente, y los dos jefes de aquel departamento del imperio de México comprendieron desde luego, que el mejor medio de evitar una derrota como aquella, era brindar paz y amistad á unos hombres con quienes no podian competir.

## CAPITULO XXXVIII.

### Teutila y Pilpatoe.



CONVIENE, ántes de pasar adelante, dar una idea á los lectores del papel que representaban en aquellas circunstancias y en aquellas provincias los dos emisarios del emperador Moctezuma, que iban á comparecer ante Hernan Cortés.

Más tarde tendremos ocasion de admirar la organizacion del imperio de México, que por su civilizacion y la extension de su territorio, solo podia asemejarse á aquellas grandes ciudades del Asia, que llegaban al emporio ántes de nuestra era.

Causará asombro á nuestros lectores la organizacion de aquel gran pueblo.

Su poderío de entónces no ha tenido igual despues en ninguna otra parte de la América.

Heredero Moctezuma de una dinastía poderosa, no saciaba su ambicion sino acrecentando su territorio, aprovechándose de la obediencia que le prestaban sus vasallos, del terror que sentian ante su dominacion; empleaba á sus más valientes generales en la conquista de nuevos territorios, imponiendo á las tribus que vivieran en sus fronteras todas las humillaciones de la esclavitud.

Teutila, uno de los más bravos guerreros de Moctezuma, habia sometido al dominio del emperador las provincias de Xicalango y Guazacoalco.

Un numeroso y aguerrido ejército, reforzado por los habi-

tantes del país sometido, le había inspirado confianza, cuando antes de tener lugar la batalla de Tabasco, supo que unos cuantos extranjeros recorrían las costas del imperio.

Apénas su caudillo conquistaba un país para Moctezuma, dotábale este emperador con todos los beneficios de la civilización que resplandecían en su corte.

Nombraba un gobernador para que representase su autoridad civil, y ponía á su lado un militar valiente para velar por el cumplimiento de sus órdenes.

Pero no tardaron en tranquilizarse.

—Antes de llegar adonde estamos nosotros, se dijeron, tendrán que pasar por Tabasco, y los habitantes de esa provincia, que no hemos podido someter todavía, son suficientes para estorbarles el paso.

Si así no sucediera, cuando llegaran hasta aquí estarían completamente debilitados.

Pero tuvo lugar aquella heroica batalla, y un puñado de hombres, animados por la fe, vencieron á un ejército numeroso.

Esta noticia llegó á Xicalango, y Teutila y Pilpatoe la oyeron con asombro, y desde aquel momento no dudaron que los extranjeros llegarían á su presencia.

—Lucharemos con ellos, dijo Teutila.

—Será inútil. Esos hombres tienen por fuerza algo de sobrenatural.

—Nuestros soldados son valientes.

—¿No han podido vencer á los de Tabasco, y quereis que luchen con sus vencedores?

Creedme, Teutila: no es la fuerza, sino la astucia lo que puede salvarnos.

La razón hizo su efecto en el caudillo.

—En ese caso, exclamó Teutila, dí tú lo que debemos hacer.

—Es muy sencillo.

Los extranjeros creen sin duda hallar aquí la misma hospitalidad que han encontrado en Tabasco.

Vendrán dispuestos á luchar con nosotros, y si los recibimos amistosamente, si los agasajamos, por de pronto los desarmaremos.

Les inspiramos confianza; reuniremos un buen presente para ofrecérsele en nombre de nuestro emperador, les hablaremos de los elementos con que contamos para destruir á los que aspiren á penetrar en nuestro territorio, y las dádivas por un lado, y las amenazas por otro, detendrán á esos hombres.

Teutila aceptó estas indicaciones, y ya hemos visto que se pusieron en práctica por aquellos dos y principales agentes de Moctezuma.

Cuando volvieron á dar cuenta de su conversacion con el jefe de los extranjeros, los indios que se habían acercado á la carabela capitana de las piraguas, se dieron el parabien por haber obrado de aquella manera.

Pilpatoe, más hábil, más político, más diplomático que Teutila, no desperdió un solo dato de cuantos le llevaron los indios.

—Esa jóven de Tabasco que les acompaña y que habla nuestro idioma, puede sernos de gran utilidad.

Es necesario á toda costa obligarla á que nos informe detalladamente de la verdadera actitud de los extranjeros.

Apénas tuvieron noticia del desembarco de los españoles, como hemos visto, enviaron indios para que les ayudasen á construir las tiendas con que formaron su campamento, y les obsequiaron con los manjares más gustosos de su país.

Después de conocer las intenciones de Hernan Cortés, se aprestaron á visitarle solemnemente, é hicieron al efecto grandes preparativos.

Acompañaba á los ejércitos del imperio de México crecido número de indios, que, ¡cosa extraña! desempeñaba una misión

civilizadora, una mision artística, cerca de aquellas huestes salvajes y fieras.

Estos hombres eran pintores, y su mision en las filas de los ejércitos mexicanos no era otra que la de trazar en los lienzos ó pergaminos, de que se servian, planos de los parajes que ocupaban los enemigos, retratos de sus capitanes, grupos de sus soldados; y cuando sonaba la hora del combate, reproducian con rara habilidad todos los episodios de la lucha.

El jefe del ejército enviaba estas pinturas ilustradas con notas aclaratorias al emperador Moctezuma.

Los pintores eran en el ejército personajes importantísimos.

Así es, que aun cuando Pilpatoe y Teutila resolvieron no llevar al campamento de los españoles más soldados que los necesarios para constituir su guardia de honor, tuvieron buen cuidado de llevar en su compañía á los pintores, dándoles antes amplias instrucciones.

—Es necesario, les dijeron, que pinteis la figura del jefe principal de los españoles y de sus capitanes.

No olvideis un detalle siquiera de sus tropas y de sus armas.

Todo lo que observeis anotadlo.

Es necesario que al dar noticia á nuestro augusto emperador de la llegada de estos hombres, podamos informarle minuciosamente de su calidad, de su número, de sus costumbres, de sus tropas, de su actitud, de todo.

Después de enterar bien de sus deseos á los pintores, reunieron un magnífico presente para que pudiesen deslumbrar á los extranjeros.

Pilpatoe y Teutila á su vez dispusieron sus mejores galas, sus plumas más vistosas, sus adornos de oro más espléndidos, para fascinar con su lujo á los que de tan luengas tierras iban á visitarles.

Cien indios, los más esbeltos, los de aspecto más formidable, ricamente adornados con plumeros, con pulseras de oro, con fal-

dellines de algodón de colores muy vivos, y con macanas relucientes, fueron los destinados para servir de guardia de honor á los embajadores.

Todos estos preparativos se hicieron apresuradamente el día anterior al de la entrevista, fijada por Hernan Cortés para el Domingo de Pascua de Resurreccion.

Desde muy temprano se puso la comitiva de los indios en marcha, con direccion al campamento de los españoles.

Antes de asistir á tan solemne ceremonia, vean nuestros lectores lo que habia pasado en el campamento de Hernan Cortés.

Comprendid desde el primer momento que el fin de la mision de los pintores no era otro que el de dar á conocer á los españoles las huestes de Moctezuma, y de sus capitanes, y de sus tropas, y de sus armas, y de sus costumbres, y de su actitud, y de todo. Para esto se les dio una lista de las personas que debian pintar, y de los detalles que debian observar. Y así es, que aun cuando Pilpatoe y Teutila resolvieron no llevar al campamento de los españoles más soldados que los necesarios para constituir su guardia de honor, tuvieron buen cuidado de llevar en su compañía á los pintores, dándoles antes amplias instrucciones. —Es necesario, les dijeron, que pinteis la figura del jefe principal de los españoles y de sus capitanes. No olvideis un detalle siquiera de sus tropas y de sus armas. Todo lo que observeis anotadlo. Es necesario que al dar noticia á nuestro augusto emperador de la llegada de estos hombres, podamos informarle minuciosamente de su calidad, de su número, de sus costumbres, de sus tropas, de su actitud, de todo. Después de enterar bien de sus deseos á los pintores, reunieron un magnífico presente para que pudiesen deslumbrar á los extranjeros. Pilpatoe y Teutila á su vez dispusieron sus mejores galas, sus plumas más vistosas, sus adornos de oro más espléndidos, para fascinar con su lujo á los que de tan luengas tierras iban á visitarles. Cien indios, los más esbeltos, los de aspecto más formidable, ricamente adornados con plumeros, con pulseras de oro, con fal-